

**AUGUSTUS LE PLONGEON Y EL CHAC-MOOL DEL MUSEO NACIONAL DE  
ANTROPOLOGÍA: UNA HISTORIA EN LA ARQUEOLOGÍA DEL  
MÉXICO DECIMONÓNICO**

**DR. OSCAR MAURICIO MEDINA SÁNCHEZ**  
**UNIVERSIDAD ANÁHUAC QUERÉTARO**

**RESUMEN**

El presente artículo aborda el devenir histórico de una de las piezas arqueológicas más conocidas del área maya: la escultura llamada Chac Mool. Desde que Augustus Le Plongeon hizo el descubrimiento en 1875, esta escultura antropomorfa corrió el riesgo de ser sacada del país, como muchas otras que han extraído a lo largo de la historia de manera ilegal y que forman parte de colecciones privadas. Este es el caso de la escultura de Chac Mool, cuyos acontecimientos culturales y políticos del México de aquella época hicieron que su destino final fuera el Museo Nacional de Antropología, en la capital del país, y no un museo extranjero o una colección privada. El Chac Mool es sin duda una de las piezas más representativas de esta área mesoamericana. Este artículo analiza su devenir, es decir, trata de hacer una “arqueología de la arqueología”.

**PALABRAS CLAVE:** Augustus Le Plongeon, Arqueología, Chac-Mool, México, Museo Nacional de Antropología

**ABSTRACT**

This article addresses the historical evolution of one of the most famous Mayan archaeological pieces: the Chac Mol sculpture. Since Augustus Le Plongeon made the discovery in 1875, this anthropomorphic sculpture ran the risk of being taken out of the country, like many others illegally extracted throughout history and now part of private collections. This is the case of the Chac Mol sculpture; the cultural events and Mexican politicians of that time were able to see to it that the sculpture's final destination became the National Anthropology Museum in Mexico, and not a foreign museum or private collection. The Chac Mool is undoubtedly one of the most representative pieces of this Mesoamerican area. This article analyzes its evolution, diving into the archeology of its archeology.

**KEYWORDS:** Augustus Le Plongeon, Archeology, Chac-Mool, Mexico, National Anthropology Museum.

Para referirnos al Chac-Mool, pieza arqueológica ubicada en el Museo Nacional de Antropología, vale la pena abordar un poco la historia de dicho recinto museístico. En 1825, poco después de que terminara la guerra de Independencia (1810-1821), el primer presidente de México, Guadalupe Victoria, decretó la creación del primer Museo Nacional Mexicano como parte de un impulso para crear en el país diversas instituciones de índole cultural. Dicho museo, ubicado en un salón de la Universidad Nacional y Pontificia, contaba con múltiples colecciones: la de Historia de Natural era el recinto para rocas, conchas, madera y semillas provenientes de distintas zonas del país; mientras que en la colección de Historia se encontraban piezas arqueológicas procedentes de diversos sitios arqueológicos, incluyendo las que habían sido halladas en la Plaza Mayor de la ciudad de México y en la Isla de Sacrificios (Veracruz). En esta colección se encontraban, también, diversos códices y manuscritos en lenguas indígenas, mapas y diversas crónicas coloniales. En 1831 el museo se dividió en tres ramas: Historia Natural y Jardín Botánico; Antigüedades; y Productos de la Industria. En 1866 el emperador Maximiliano de Habsburgo fundó el Museo Público de Historia Natural, Arqueología e Historia, y muchas de aquellas piezas arqueológicas fueron puestas en este nuevo edificio, ubicado en la calle de Moneda a un costado del Palacio Nacional. Un año después, el nombre del museo fue cambiado a Museo Nacional y sus colecciones fueron aumentando. En 1908 el nombre del museo

volvió a cambiar, convirtiéndose en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, y en 1944 el Castillo de Chapultepec fue el nuevo recinto para algunas piezas pertenecientes al rubro de Historia. Veinte años más tarde, se inauguró el Museo Nacional de Antropología (MNA)<sup>1</sup>.

Conocer la historia de este museo podría ayudarnos a entender el devenir histórico de aquellas piezas arqueológicas albergadas en él; de hecho, algunas de ellas han sido expuestas en distintos recintos nacionales y extranjeros. Hubo piezas, como por ejemplo el Chac Mool, que fueron enviadas por primera vez al Museo Nacional y que hoy en día se encuentran en el Museo Nacional de Antropología. La pieza que se aborda en este artículo representa, como muchas otras, uno de los testigos materiales prehispánicos que pretendieron, en pleno siglo XIX, ser el reflejo de aquella “herencia cultural” de la apenas naciente nación mexicana. Admiradas por nacionales y extranjeros a lo largo del siglo XIX, este tipo de “antigüedades” habían sido recolectadas por diversos exploradores y estudiosos que se interesaban en varias culturas que hoy conocemos como mesoamericanas. Sin embargo, es bien sabido que una de las culturas más atractivas para estos personajes del siglo XIX fue la maya, cuya riqueza arqueológica reflejaba no solo un interesante desarrollo histórico, arquitectónico y artístico, sino que se trataba de una cultura que guardaba muchas incógnitas aún no resueltas por los estudiosos.

<sup>1</sup> Para más detalles, véase la obra de Pedro Ramírez Vázquez, arquitecto responsable de su construcción. (Ramírez Vázquez, P., 2008, *Museo Nacional de Antropología: gestación, proyecto y construcción*. INAH, México).

Mas allá del valor histórico y estético que representan las piezas del MNA, es importante considerar la otra historia, es decir, aquella que se interpreta al conocer la ruta marcada entre su hallazgo y el momento en el que la pieza pasó a formar parte de alguna colección prehispánica en la museografía mexicana o extranjera.

### EL CHAC MOOL Y SU OTRA HISTORIA

El Chac Mool, expuesto en la Sala Maya del MNA, es un monolito que excede las proporciones humanas normales. Se trata de un personaje reclinado sobre el suelo, tiene el torso inclinado hacia arriba y está apoyado sobre sus codos. Las manos de esta figura humana descansan sobre su vientre y sostienen un recipiente. Sus rodillas están flexionadas y tiene la cabeza girada noventa grados hacia un lado. Como espectadores, en este museo solemos observar los vestigios arqueológicos como el reflejo cultural de una sociedad. Sin embargo, no se suele remitir a un contexto histórico que obedece al devenir de la pieza como tal.

A lo largo de la historia, este tipo de vestigios arqueológicos han sido objeto de múltiples estudios. Durante la segunda mitad del siglo XIX muchos de ellos, como el propio Chac Mool, fueron descubiertos por exploradores extranjeros que llegaron a México con el interés de documentar, coleccionar, descubrir y difundir aquellas ciudades prehispánicas que visitaban. Fundamentalmente, los exploradores que llegaron fueron franceses, italianos, estadounidenses, alemanes e ingleses. Quizá debido a la riqueza arqueológica y a

algunos relatos de aventura que habían sido difundidos anteriormente, como por ejemplo la obra intitulada *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, escrita por el estadounidense John Loyd Stephens y publicada en 1841, se entienda que la región maya, y en particular el sitio arqueológico de Chichén Itzá, fuera uno de los lugares más visitados y explorados por algunos de estos personajes. Entre ellos estuvo el controvertido Augustus Henry Julius Le Plongeon (1826-1908). Nacido de padres franceses en la isla de Jersey, se naturalizó más tarde como estadounidense (Desmond, 1988). En su vida le atrajeron la aventura, el mar y los países lejanos. Durante sus largas travesías naufragó dos veces. Le Plongeon visitó gran parte de América, Australia, Hawai y Tahití. Siempre estuvo interesado por los viajes, por la medicina, la fotografía y la exploración y documentación de sitios arqueológicos, como Chichén Itzá, Uxmal, Palenque, Kabah y Cobá. Su mejor biógrafo, Lawrence Desmond, menciona que llegó por primera vez a América en la década de 1840, con apenas veinte años, y podría decirse que su vida, desde su arribo, estuvo marcada por la aventura. En aquella época, Le Plongeon venía en un barco donde viajaban cientos de personas que huían de los acontecimientos que asolaban a la Europa revolucionaria-nacionalista de mediados del siglo XIX, como por ejemplo, la unificación de Italia y Alemania como estados independientes. El barco naufragó poco antes de llegar a las costas chilenas y de los cientos de pasajeros que abarrotaban la cubierta, solo él y otro compañero de travesía lograron sobrevivir. En Chile aprendió español y en 1849 viajó a San Francisco, que para

entonces vivía “la fiebre del oro” (Desmond, 1988, p. 87). Fue durante este viaje que Le Plongeon se convirtió en visitador rural y urbano; sin embargo, ni el lugar ni el dinero le pusieron freno por mucho tiempo, pues continuó viajando de un sitio a otro. Durante sus exploraciones en el área maya, Augustus Le Plongeon, utilizó la fotografía como herramienta para documentar sus visitas. Conocía muy bien la técnica del colodión húmedo para la captura de imágenes. Durante sus visitas, este explorador-fotógrafo siempre fue recibido y atendido por funcionarios importantes, ya que se hacía pasar por uno de los fundadores de la Academia de Ciencias Naturales de California y argumentaba que la organización lo había comisionado para efectuar algunos estudios, lo cual siempre resultó falso (Desmond, 1988, p. 72). A principios de 1873, Le Plongeon contrajo matrimonio en Estados Unidos con Alice Dixon, quien era veintidós años más joven que él. En ese mismo año su interés por visitar y documentar con su aparato fotográfico algunos sitios arqueológicos mayas aumentó. En Nueva York dictó una conferencia ante la Sociedad Americana de Geografía con el propósito de obtener los fondos necesarios y llevar a cabo sus exploraciones. Los miembros oyeron una larga disertación sobre las coincidencias entre los monumentos antiguos de América y aquellos de Asiria y Egipto; sin embargo, esta conferencia fue archivada para ser publicada en el volumen anual de dicha Sociedad. No se habló de ayuda económica y mucho menos de apoyo académico (Zapata, 1989, p. 376). Así que sin haber obtenido el patrocinio que deseaba ni el reconocimiento de la comunidad científica, Le Plongeon comenzó con su es-

posa la primera expedición a Yucatán, a través del navío *Cuba*, en septiembre de 1873, en un viaje que ellos mismos se financiarían.

Los problemas que tuvieron a su llegada fueron diversos, pues para esos momentos la provincia estaba en armas y varias revueltas la mantenían en ascuas. El explorador se dedicó a observar las costumbres nativas durante dos años mientras se preparaba para explorar las ruinas de la región. Durante su estancia recorrió las comunidades indígenas como médico y aprovechó para explorar uno de los montículos de Izamal. Llevar a cabo esta labor fue complicada, pues en aquella época era el lugar que constituía el límite del territorio controlado por el ejército mexicano ante los pobladores rebeldes. A pesar de la situación, Le Plongeon visitó Chichén Itzá, uno de los sitios arqueológicos más importantes de esa región. La primera vez que estuvo allí fue avisado por los rebeldes para que se marchara, pero hizo caso omiso y pidió por medio de una carta enviada al General Agustín del Río, entonces gobernador del Estado de Yucatán, que los soldados les dieran a sus trabajadores armas para defenderse, asunto que se resolvió a favor. Le Plongeon se trasladó entonces con su esposa hacia la Iglesia abandonada de Pisté, lugar que convirtió en un improvisado campamento, para iniciar sus labores de investigación que duraron tres meses. Este periodo en Chichén Itzá fue de los más productivos para Augustus Le Plongeon, ferviente admirador de las teorías difusionistas del francés Charles Etienne Brasseur de Bourbourg, quien consideraba al continente americano como uno de los orígenes de las antiguas civilizaciones. De hecho,

postuló que existían relaciones e influencias mutuas entre la cultura maya y la egipcia. Con su esposa levantó planos de varios edificios en Chichén Itzá y capturó más de 500 fotografías utilizando el colodión húmedo y la estereoscopía. Realizó 20 copias de pinturas murales y examinó numerosos elementos iconográficos. Además, excavó varios edificios utilizando la mano de obra de los indígenas mayas para tratar de comprobar sus hipótesis (Zapata, 1989, p. 371).

En 1875, Le Plongeon estuvo de nuevo en Chichén Itzá. Fue entonces cuando hizo el descubrimiento más importante de su carrera como explorador (Desmond, 1989, p. 35). En un día soleado de fines de mayo se encontró con la escultura que hoy en día podemos apreciar en la Sala Maya del MNA. Aquella escultura de más de una tonelada de peso fue bautizada por él mismo como “Chacmool”, nombre que acuñó de manera arbitraria. Según él, se trataba de la representación de “Garra Roja” (*chacmool* en lengua maya), quien había sido un poderoso monarca maya (Schávelzon, 1985, p. 56). Cuando llevó a cabo el descubrimiento encontró restos de pintura roja en algunas partes de la escultura y por eso relacionó el color con la representación del monarca. Le Plongeon llegó a considerar al Chac Mool como una obra de arte comparable con las esculturas de Egipto y Asiria. De hecho, argumentó en su cuaderno de notas que la forma de esta figura era muy similar a una representación estilizada del contorno que tiene el continente americano (Schávelzon, 1985, p. 54).

Ante tan extraordinario descubrimiento Le

Plongeon creía que la fama iba a reconocerlo, así que ordenó inmediatamente a su grupo de indígenas construir un carruaje con la madera más resistente de la región y conseguir cuerdas para sujetar la estilizada escultura mientras él organizaba sus placas de vidrio, preparaba el colodión y colocaba su aparato para capturar aquél maravilloso momento. Liberó la vegetación que rodeaba la escultura e hizo subir la pieza al carruaje. Una vez que tuvo su aparato fotográfico listo, le pidió a su esposa que le tomase algunas fotografías mientras él posaba a un lado de su descubrimiento. Después ordenó a los indígenas que llevaran la escultura desde el sitio arqueológico hacia la Iglesia donde pernoctaba, a kilómetro y medio de distancia.

La escultura estuvo bajo su resguardo mientras elaboraba un plan para sacarla de México, ya que en Filadelfia se organizaba por primera vez una de las grandes exposiciones universales fuera de Europa. Se trataba de la Exposición Universal de 1876, donde participaron 35 países y se expusieron objetos de ámbitos artísticos y culturales, didácticos y de diversión pública, con motivo del centenario de la Independencia de los Estados Unidos (1876). Le Plongeon quería llevarse el Chac Mool al país vecino para exponer su descubrimiento durante aquella celebración, transportando la escultura desde el puerto de Sisal, ahora Progreso. Tal vez Le Plongeon creía que con ese hallazgo la sociedad científica de la época lo reconocería como un gran explorador y lo catapultaría a la fama (Desmond, 1988, p.39).

Meses después el Chac Mool de Le Plongeon

fue sacado de la iglesia de Pisté y trasladado hasta el puerto de Sisal. Sin embargo, el descubrimiento se había difundido rápidamente: el día en que Le Plongeon se encontraba en aquel puerto subiendo la escultura al barco que la transportaría a los Estados Unidos, el gobernador de Yucatán, el general Agustín del Río la reclamó inmediatamente como propiedad del Estado. El comisionado para confiscar la escultura fue el director del Museo Yucateco, Juan Peón Contreras, quien se dirigió al puerto de Sisal y se presentó ante el explorador.

El encuentro con Juan Peón resultó ser para Le Plongeon uno de los más frustrantes, ya que la fama y el reconocimiento se le iban de las manos. Sin otra salida se amarró a la escultura y amenazó a Juan Peón diciéndole que tenía dinamita en su cuerpo y que iba a hacerla explotar si le impedían llevársela (Kenneth, 2001, p. 57). Sin embargo, nada pudo hacer el explorador para que la pieza no fuera reclamada como propiedad del Estado mexicano. Le Plongeon no se dio por vencido, mucho menos si su reconocimiento como descubridor y explorador estaba en juego. Le escribió entonces una extensa carta al presidente en turno de la República mexicana, José de la Cruz Porfirio Díaz Mori. En esa carta hacía énfasis en su labor arqueológica en la península de Yucatán y le pedía que intercediera por él para que le devolvieran al Chac Mool, pero eso nunca sucedió. La petición no fue escuchada por el presidente; al contrario, la noticia del descubrimiento se hizo mayor y bajo orden presidencial “el gobierno mexicano envió un buque de guerra a Yucatán para traer la escultura a México...” (Zapata, 1989,

p. 372). La desilusión de Le Plongeon fue mayúscula. No pudiendo enviar la escultura a la exposición de Filadelfia, se conformó con remitir 125 fotografías hechas con la técnica del colodión húmedo y algunas estereoscopías, además de un reporte de sus excavaciones y algunos pequeños artefactos para exhibirlos en lugar del Chac Mool. Pero este cargamento tampoco llegó a su destino, sino a manos de un juez llamado Daly, de Nueva York (Nadillac en Cordier, 1996, p. 297). De esta manera la pieza conocida como Chac Mool se quedó en México y enviada al Museo Nacional, edificio que no sólo dio cabida a vestigios arqueológicos, sino también a una gran cantidad de historias como esta, que poco a poco han sido contadas por aquellos investigadores que se interesan no solo por el vestigio como tal, sino también por su protagonismo en el devenir histórico de nuestro país. Ejemplo claro es el trabajo de Leonardo López Luján, quien publicó, en 2016, *El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1974*, obra que reúne un gran número de piezas arqueológicas registradas por Dupaix, en texto y en imágenes, que habían sido atesoradas en repositorios públicos, como en la Academia de San Carlos, en la ciudad de México, y que dan cuenta de la ruta en el tiempo por la cual pasaron, para finalmente ser expuestas en el MNA.

Conocer el recorrido de las piezas expuestas en el MNA a lo largo de la historia nos permite ver no solo los aspectos estéticos, sino vislumbrar también otro tipo de contextos que pueden nutrir, de alguna manera, los estudios e interpretaciones de aquellas piezas prehispánicas. Cabe mencionar que la

valoración estética o histórica que le demos a esta y a otras piezas del MNA se complementa, sin lugar a duda, con el análisis historiográfico que podamos aportar como investigadores del pasado.

## BIBLIOGRAFÍA

- Cordier, G. (1996). Le marquis de Nadaillac et l'Amérique préhistorique. *Journal de la société des américanistes*, n° 82, pp. 325-330.
- Desmond, L.G. (1988). *A Dream of Maya. Augustus and Alice Le Plongeon in Nineteenth-Century Yucatan*, University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Keneth, A. (2001). Augustus Le Plongeon: un soñador en el Yucatán. *Revista de Arqueología del siglo XXI*, n° 259, año XXIII.
- Ramírez, V. P. (2008). *Museo Nacional de Antropología: gestación, proyecto y construcción*. México: INAH.
- Schávelzon, D. (1985). El jaguar de Chichén Itzá, un monumento olvidado. *Cuadernos de arquitectura mesoamericana*, vol. 5, pp. 55-59.
- Sthepens, J. L. (1991), *Incidentes de viajes en Yucatán (Tomos I y II)*. México: Editorial San Fernando.
- Zapata, R. (1989). Augusto Le Plongeon. *La antropología en México: Panorama histórico*, vol. 10, México: INAH.